

le postró una larga y penosa enfermedad; los jesuitas abrieron su colegio cerrado hacia casi un siglo é hicieron oír de nuevo su voz en medio de una juventud ansiosa de instruccion y de un pueblo que invadía presuroso los templos para escuchar de ellos los documentos de vida eterna. Si Guatemala sigue aprovechando estos elementos, si les da mayor ensanche protegiéndolos decididamente, entónces habrá asegurado su bienestar politico, fundado sobre su bienestar religioso y moral. ¡Ojalá que así suceda! nosotros lo deseamos ardientemente.



CAPÍTULO XXXVII

Elementos de mal. — Divisiones infinitas. — La union constituye la fuerza. — Invasion norte-americana. — ¿Había derecho en los invasores? — ¿Lo hubo en los que les concedieron proteccion? — ¿Anexionistas? — ¿Qué debemos juzgar de estos? — Conducta de las repúblicas hispano-americanas en estas circunstancias.

¿Cuál es el origen de tantos males que pesan hoy sobre la humanidad, tan copiosos como el licor vertido por los ángeles del Apocalipsis, y que acarreó su ruina á cuantos experimentaron su funesta influencia? Por todas partes oímos los ayes dolorosos de la desgracia y percibimos las lágrimas que derrama el corazon afligido por las amarguras de la adversidad. Recordando que habitamos un valle de miserias y advirtiendo que sobre nosotros pesa la maldicion terrible fulminada contra nuestro comun padre, no necesitamos indagar el origen de tantos infortunios. Comprendemos que en nosotros mismos está la fuente de un gran mal y que, adonde quiera que nos dirijamos, allí irá tambien para confundirnos cada vez que lleguemos á olvidar que so-

mos reos y que en este mundo soportamos el castigo de nuestra prevaricacion. Mas cuando consideramos no ya los males morales que son comunes á todos los hombres, sino otros que afligen particularmente á ciertos individuos y son como el azote de una parte del cuerpo social, entónces nos es preciso convenir en que hay elementos tambien particulares que los producen y que, esparcidos como aquel licor funesto que derramaba el ángel ministro de la ira del Señor, siembran sobre la tierra desórden, confusion y llanto. Esa inmensa agitacion que conmueve todos los espíritus, esa division que separa á los individuos de una misma familia, á los miembros de un mismo Estado, y frecuentemente convierte en enemigos á los que debian permanecer unidos con vínculos muy estrechos; esa ambicion por ocupar los primeros puestos de la patria, que trabaja infatigable para saciar sus deseos con ruina de la república, y, en fin, ese innoble espíritu de venganza que precipita á tantos hombres á excesos punibles por mortificar á su adversario, males son que imprimen en América señales terribles, y su origen lo encontrará quien lo busque en el trastorno completo de una revolucion que entronizó la irreligion y la anarquía al mismo tiempo.

En Centro-América, ese prurito de independenciam despedazó la república dividiéndola en Estados tan faltos de recursos para llenar su objeto como sobrados de elementos que labran su ruina. Mirad esas repúblicas que se destrozan combatiendo infatigables unas contra otras; sus campos talados, sus pueblos arruinados, su comercio decaido, su agricultura muerta, nos refieren con voz for-

midable una serie de males infinitos, y, lo que es todavía mas triste, nos presentan gravemente amenazada la nacionalidad centro-americana. Olvidados sus hombres públicos de que la union constituye la fuerza en todas partes, han trabajado por debilitar la república con tanta constancia como pudieran emplear tratándose de su engrandecimiento y de su influencia política. Asombro causa ver á esos mismos que se creen competentes en América para dirigir los negocios de la patria, empeñarse por sacrificarla privándola de sus medios de defensa y de progreso. La República Argentina, dividida en Estados federales que aislados nada pueden hacer sino permanecer estacionarios, miéntras que unidos sus arbitrios serian fuertes y vigorosos para poner en ejecucion grandes medios de felicidad comun; Méjico, agonizante por esa falta de union que entronizó la anarquía mas espantosa entre los Estados que constituyen la república, y la Nueva Granada, que comienza ya á sentir los funestos efectos del sistema federal, no son mas que el principio de la crónica de las desgracias infinitas que acarrearón á Centro-América sus divisiones intestinas. Ya otra vez hemos dicho que en países nuevos y que carecen de elementos para constituirse de una manera sólida, la division de territorios y la multiplicacion de gobiernos equivale á multiplicar tambien los obstáculos que ordinariamente se oponen á la felicidad pública. Si hay escasez de hombres que puedan ocupar dignamente los puestos del gobierno y la silla de la magistratura suprema en un Estado, ¿cómo se encontrarán fácilmente individuos aptos para desempeñar esos mismos cargos en dos ó mas Estados? Si apenas puede

integrarse la representacion nacional con miembros aptos, cuando la nacion se compone de muchas provincias, ¿ cómo podrá formarse, cuando cada una de esas provincias elige sus cámaras para discutir las leyes y administrar sus grandes y vitales intereses? La razon responde que esto no es posible, y, sin embargo, el mundo ve que tantas secciones de la América han obrado de esa manera. ¿ Y qué ha sucedido? Ya lo vemos en Centro-América. Dividido el territorio que integraba la nacion, y formados cinco Estados soberanos de lo que era ántes uno solo, la república se ha hecho estéril por la debilidad que le acarreó su misma division. Hombres para quienes la suerte de su patria vale tanto como la del individuo mas desconocido, se empeñaron en venderla á extranjeros codiciosos de poseer uno de los países mas hermosos, fértiles y ricos de la América. Walker no tardó en aparecer sobre las costas de Nicaragua (1), y llamándose libertador de pueblos que eran libres y protector de leyes que vergonzosamente conculcaba, se apoderó del gobierno y de la fuerza de una república exánime. Se comprende muy bien que los aventureros invadan un territorio donde divisan medios para satisfacer su codicia, aun cuando sea á costa del sacrificio de cuantos ciudadanos lo pueblan; pero lo que no se comprende ciertamente es que esos mismos ciudadanos corran á las armas para unirse al supuesto libertador, que se le asocien en la triste empresa de esclavizar á su patria y le sirvan de instrumento en su loco proyecto de perseguir á los

(1) Año de 1856.

hombres de corazon, que protestaron morir peleando por su independecia, por su libertad, por su religion y por el honor de su raza. Mas, por duro que nos sea decirlo, es muy cierto que eso sucedió en Nicaragua y que Walker y sus filibusteros no habrian pisado el territorio centro-americano, si entre los ciudadanos de la república invadida no hubiese tenido numerosos partidarios su temeraria expedicion.

« Los ciudadanos me llaman, » decia aquel jefe en una de sus proclamas. ¿ Y quién tenia derecho para llamar á un extranjero armado y al frente de soldados armados tambien para conquistar el territorio nacional y someter la república á un aventurero? No se trataba de una guerra intestina en la que, sea cualquiera de los partidos el que triunfe, la nacionalidad no sufre; sino que se abria la puerta á un ejército extranjero y se llamaba á soldados de raza, por ideas, por costumbres y por fe separada de la nuestra. ¿ Quién en Centro-América podia pues llamarlo, sin cometer enorme traicion contra su patria?

Se ha pretendido sostener que habia derecho para llamar á los anglo-americanos á fin de que conquistasen un país sumido en la anarquía por la guerra civil, despedazado por el vandalismo de algunos mandatarios, arruinado por contribuciones exorbitantes, atrasado por falta de elementos y esclavizado por ciertos hombres que en todo trabajaron ménos que en procurar la felicidad de los pueblos cuyos destinos dirigieron. Mas, si se concede alguna vez derecho á los ciudadanos para librar la suerte de su país á la espada de un extranjero; si puede justificarse

la conducta de los que prefieren ver la patria sin nacionalidad y sin nombre, y sirviendo de cebo á la codicia de aventureros, entónces ninguna accion innoble habrá que no parezca lícita; la traicion contra los intereses mas sagrados de la república habrá perdido toda su deformidad, y el proceder de los que especulan con las desgracias de los Estados será sin contradiccion legitimo. Conocemos quanto tienen de monstruoso tales doctrinas, y jamas cesaremos de levantar nuestra voz para acusar la conducta de los que así opinan, para señalarlos como los verdaderos enemigos de la libertad hispano-americana y como los hombres mas peligrosos que tienen el órden y los gobiernos de las repúblicas.

Ni deben ser colocados en rango diferente los que desean la anexion de los territorios hispano-americanos á los Estados Unidos. Hombres que no ven sino el progreso material, ni son capaces de discurrir sino en conformidad con las ideas que sugiere el apego á las cosas materiales, creen que la simple anexion á los Estados anglo-americanos trasplantaria la condicion de estos, materialmente feliz, á los territorios que se le anexasen en la América española. No reflexionan que los habitantes de esta perderian ántes que todo su nacionalidad para pertenecer á otra cuyo idioma, cuyas leyes y cuyas costumbres les son extrañas, y que despues de este primer sacrificio, el mas doloroso que puede hacer el individuo en su condicion social, necesitarán todavia renunciar á esas mismas aspiraciones que son hoy la cuchilla mas cortante que hiere de muerte el corazon de su patria. Los altos puestos del gobierno, la magistratura y todos los empleos

honoríficos y lucrativos no recaerian sino en los individuos de la raza conquistadora, como la mas apta para guardar homogeneidad con los actos del gobierno general de la nacion. Y como esta no habria hecho en vano sus conquistas, ni en vano habria puesto en campaña sus esfuerzos y sus intrigas para apropiarse esos territorios, las quintas mas hermosas, las haciendas mas pingües, el comercio mas lucrativo y todo cuanto pudiese dar dinero perteneceria sin disputa á los anglo-sajones, á despecho de los hijos de la raza española humillada y abatida. Esos mismos que contribuyeron á vender su patria, rabiosos entónces porque ven burladas sus esperanzas y estéril para ellos su traicion, creyendo fácil como en otro tiempo un cambio de gobierno, conspirarian contra el que tuvo sus simpatias; mas descubiertas y frustradas sus intenciones, expiarian en cadalso ó en cárcel perpetua el enorme delito de haber vendido su patria al extranjero. No son estas meras conjeturas; la historia de lo sucedido en la Florida, en Téjas y en California es la que nos da derecho para juzgar de esa manera, atestiguando que la raza española quedó anulada en todos los paises desde que fueron anexados á los Estados Unidos, y que los ilusos que proclamaron con mayor entusiasmo esa anexion, no tardaron en sentir sobre sí la mano de un gobierno vigoroso que les perseguia en todas partes. Casi todos abandonaron su patria y volvieron á buscar el territorio de una nacion cuyos derechos habian agraviado y cuya justicia tenían ofendida. Ojalá estas lecciones puedan aprovechar á tantos que dia por dia inculcan entre los ignorantes la conveniencia de semejantes anexiones, sin reflexio-

nar que el desorden de su proceder, su egoísmo sin límites y su falta de virtudes son los obstáculos que impiden el progreso de su patria y lo serán bajo el imperio de cualquier gobierno y bajo el régimen de cualquier constitucion. Ningun agravio inferimos al decir que todos cuantos obran de esa manera hacen por sí mismos su proceso y que ningun hombre honrado, ninguno que ame su patria, su familia y su hogar podrá jamas suscribir tales proyectos que envuelven la pérdida de esos objetos preciosos para todo hombre de corazon.

¿Mas cuál fué la conducta de los gobiernos hispano-americanos, cuando vieron en peligro la nacionalidad de una república que forma parte de su misma raza y de su misma familia? ¿Qué hicieron en favor de Nicaragua invadido por anglo-americanos resueltos á conquistarlo? Sus vecinos y confederados, es verdad, le auxiliaron con tropas que rechazaron á los filibusteros; mas todos esos esfuerzos, por heróicos que fuesen, no habrian sido suficientes, si prolongándose la lucha hubiesen recibido aquellos los refuerzos que aguardaban de los Estados Unidos. El auxilio de las otras repúblicas era lo que entonces podia salvarle y ese habria sido, segun parece, esperado inútilmente. Segun parece, hemos dicho, porque ninguna susceptibilidad queremos herir mencionando un hecho que nada recomienda ménos que el patriotismo de los Estados hispano-americanos. Miétras que Nicaragua, Costa Rica y Guatemala luchaban contra el osado invasor de Centro-América, esta volvió sus ojos á las repúblicas hermanas, les envió

sus representantes é hizo oír por todas partes su grito pidiendo socorro. ¿Pero cuál fué el fruto de todas sus diligencias? Méjico, anegado en sangre, envuelto en contiendas, sin poder y sin arbitrios, nada hizo por sus vecinos que sucumbian, y otro de los Estados del sur, que por sus circunstancias estaba llamado á hacer algo, se contentó con mandar un diplomático para que hiciese una visita á aquellos gobiernos que algo mas esperaban de él; ¡como si tal visita pudiese en esa circunstancia ni en ninguna otra semejante contribuir de algun modo á la salvacion de la república! No se crea por eso que los pueblos se mostraron indiferentes á la suerte de Centro-América; no, la raza hispano-americana es noble y generosa, por mas que alguna vez sus gobiernos se muestren pequeños ó apocados. Interpelaciones enérgicas se oyeron entónces en el seno de los congresos, y la prensa en casi todas las repúblicas sostuvo unánime la necesidad de una liga americana contra las invasiones de los anglo-sajones. La culpa de esa apatía no fué pues de los pueblos, y el feo borron que ella arrojó sobre las repúblicas hispano-americanas manchará principalmente á los que estaban al frente de sus destinos y debieron volar en socorro de una nacion que los anglo-americanos pretendian conquistar, poniendo en peligro mas ó ménos próximo la independenciam y nacionalidad de todas las demas. Quien sobre esto piensa con seriedad, conoce cuánto distan de realizarse, llegada la ocasion, esos rasgos de patriotismo que se oyen con frecuencia en las cámaras de las repúblicas; esas simpatías que se muestran por la suerte de otros Estados, y esa voluntad, en fin, que parece pronta para cooperar á la

felicidad de los pueblos hermanos. ¡Ah! con cuánta razón levantarán estos al cielo su queja contra los que, viéndolos amenazados por la mayor de las adversidades, no extendieron su mano para salvarlos, sino que los dejaron abandonados á sus propios arbitrios. El fallo severo de las grandes naciones del antiguo continente condenó ya el proceder de los egoístas, y la prensa de Francia y de Inglaterra dijo con sorpresa : « ¡¡¡ Ninguno de los Estados se ha movido en auxilio del que sucumbia!!! »



CAPÍTULO XXXVIII

Ojeada sobre Haiti. — El grito de rebelion y sus causas principales. — Mantanzas horribles. — El imperio. — El reino. — La república. — ¿Cuál era la suerte de la Iglesia en estas circunstancias? — Propaganda protestante. — Escuelas metodistas y sus consecuencias. — Predicacion de los cuákeros. — Profanacion de la iglesia católica en Puerto Príncipe. — Conducta de los buenos católicos. — Proteccion concedida por el gobierno á las sectas disidentes. — Los vicarios apostólicos. — El delegado de la Santa Sede. — Tendencia de algunos al cisma.

Atravesemos ahora el mar de las Antillas y contemplemos el espectáculo triste que ofrece al mundo esa tierra rica y feraz donde se fundaron las primeras colonias europeas en América; donde los españoles recogieron el oro que mandado á la Península excitó esa sed rabiosa de riquezas que pobló todos los países del Nuevo Mundo, y donde, en fin, existió la ciudad y el gobierno, centro de las conquistas españolas en América. Mas esta desgraciada Haiti no es ya la reina de las Antillas, como fué llamada un dia, sino ese país cuyas desgracias llenan una de las páginas mas sombrías de la historia de nuestro siglo. Dividida por tratados entre la